

Apu Inca Atawallpamam

Elegía quechua ilustrada por Fernando Szyszlo

¿Qué arco iris es este negro arco iris
Que se alza?
Para el enemigo del Cuzco horrible flecha
Que amanece.
Por doquier granizada siniestra
Golpea.

Mi corazón presentía
A cada instante,
Aun en mis sueños, asaltándome,
En el letargo,
A la mosca azul anunciadora de la muerte;
Dolor inacabable.

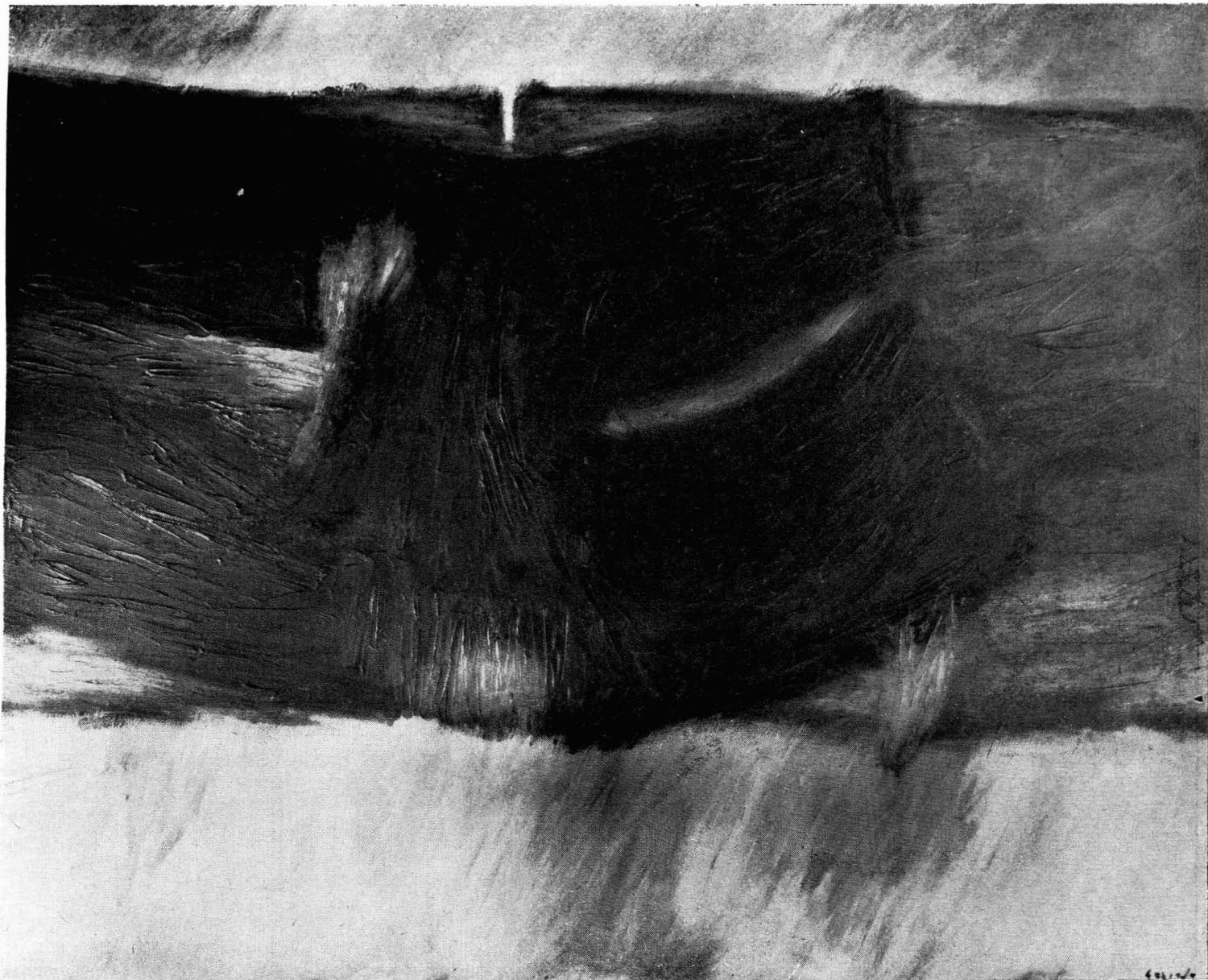
El sol vuélvese amarillo, anochece,
Misteriosamente;
Amortaja a Atahualpa, su cadáver
Y su nombre;

La muerte del Inca reduce
Al tiempo que dura una pestañada.

Su amada cabeza ya la envuelve
El horrendo enemigo;
Y un río de sangre camina, se extiende,
En dos corrientes.

Sus dientes crujidores ya están mordiendo
La bárbara tristeza;
Se han vuelto de plomo sus ojos que eran como el sol,
Ojos de Inca.

Se ha helado ya el gran corazón
De Atahualpa,
El llanto de los hombres de las Cuatro Regiones
Ahogándole.



Las nubes de los cielos han dejado
Ennegreciéndose;
La madre luna, transida, con el rostro enfermo,
Empequeñece.
Y todo y todos se esconden, desaparecen,
Padeciendo.

La tierra se niega a sepultar
A su Señor,
Como si se avergonzara del cadáver
De quien la amó,
Como si temiera a su adalid
Devorar.

Y los precipicios de rocas tiemblan por su Amo
Canciones fúnebres entonando,
El río brama con el poder de su dolor
Su caudal levantando.

Las lágrimas en torrentes, juntas,
Se recogen.

¿Qué hombre no caerá en el llanto
Por quien le amo?

¿Qué hijo no ha de existir
Para su padre?

Gimiente, doliente, corazón herido
Sin palmas.

¿Qué paloma amante no da su ser
Al amado?

¿Qué delirante e inquieto venado salvaje
A su instinto no obedece?

Lágrimas de sangre arrancadas, arrancadas
De su alegría;

Espejo vertiente de sus lágrimas

¡Retratad su cadáver!

Bañad, todos, en su gran ternura,
Vuestro regazo.

Con sus múltiples, poderosas manos,
Los acariciados;
Con las alas de su corazón
Los protegidos;
Con la delicada tela de su pecho
Los abrigados;
Claman ahora,
Con la doliente voz de las viudas tristes.

Las nobles escogidas se han inclinado, juntas,
Todas de luto,
El Willaj Umu se ha vestido de su manto
Para el sacrificio.
Todos los hombres han desfilado
A sus tumbas.

Mortalmente sufre su tristeza delirante,
La Madre Reina;

Los ríos de sus lágrimas saltan
Al amarillo cadáver.

Su rostro está yerto, inmóvil,
Y su boca (dice:)

“¿A dónde te fuiste perdiéndote
De mis ojos,

Abandonando este mundo
En mi duelo;

Eternamente desgarrándote,
De mi corazón?”

Enriquecido con el oro del rescate
El español

Su horrible corazón por el poder devorado;
Empujándose unos a otros

Con ansias cada vez, cada vez más oscuras,
Fiera enfurecida

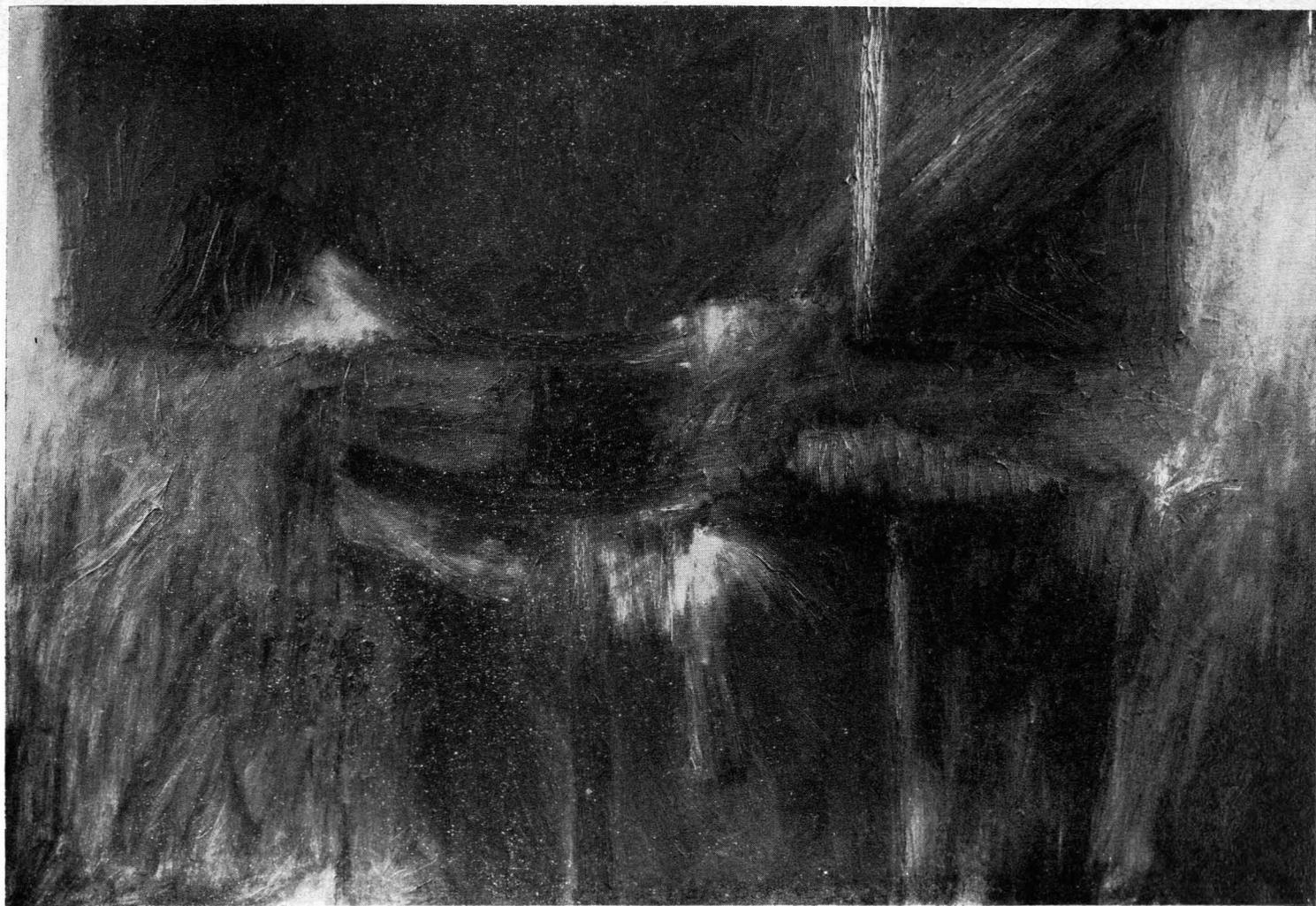
Les diste cuanto pidieron, los colmaste;
Te asesinaron, sin embargo,



WatuƆakurqan sunqollaymi — Mi corazón presentia



Chay-samiwan kallpanchasqata — Con esa visión fortalecidos



Yarphachakuña llakiy salqa — Mordiéndolo la bárbara tristeza

Sus descos hasta donde clamaron los henchiste
 Tú solo;
 Y muriendo en Cajamarca
 Te extinguiste.
 Se ha acabado ya en tus venas
 La sangre;
 Se ha apagado en tus ojos
 La luz;
 En el fondo de la más intensa estrella ha caído
 Tu mirar.

Gime, sufre, camina, vuela enloquecida
 Tu alma, paloma amada;
 Delirante, delirante, llora, padece
 Tu corazón amado.
 Con el martirio de la separación infinita
 El corazón se rompe.

El límpido, resplandeciente trono de oro
 Y tu cuna;
 Los vasos de oro, todo,
 Se repartieron.

Bajo extraño imperio, aglomerados los martirios,
 Y destruidos;
 Perplejos, extraviados, negada la memoria,
 Solos

Muerta la sombra que protege
 Lloramos;
 Sin tener a quién o adónde volver,
 Estamos delirando.

¿Soportará tu corazón
 Inca,
 Nuestra errabunda vida
 Dispersada,
 Por el peligro sin cuento cercada, en manos ajenas,
 Pisoteada?

Tus ojos que como flechas de ventura herían
 Ábrelos;
 Tus magnánimas manos
 Extiéndelas;
 Y con esa visión fortalecida
 Despídenos.

Traducción de José María Arguedas